

quests autors i no d'altres, ni tampoc la procedència, en les respectives obres, de les cites que adueix per basar les seves idees (a partir d'aquesta «casuística», p. 60, n'extraurà conclusions generals per distingir els diferents grups de marques de correlació comparativa).

El segon capítol segueix, si fa no fa, un mateix procediment, encapçalat per un interessant apartat, «Diacronia» (pp. 71-79), que inclou exemples i comentaris, en llengua llatina però també en castellà, tot i que el mateix autor reconeix (p. 81, quan ja ha entrat en l'apartat següent, «Sincronia») que certs esquemes no tenen equivalent literal en llatí i en castellà. Aquest segon capítol inclou, d'una manera clara i explícita, les opinions de diferents autors sobre les estructures de les oracions condicionals (una mena d'«estat de la qüestió»).

El darrer apartat del llibre (dins d'aquest segon capítol) està dedicat als «Períodos concessivos» (pp. 111-120) i duu una clara anàlisi del tipus de marques (no solament partícules) que indiquen «concessió» en llatí.

La «Conclusión» d'E. Sánchez (p. 121), tal com ja s'intuïa des de la introducció, és clara: els «períodes concessius, comparatius, consecutius i condicionals responen a esquemes correlatius», és a dir: dues frases S_1 i S_2 , dins d'aquests esquemes, funcionen al mateix nivell, i S_2 no és cap reescriptura generada per un element de S_1 , sinó que solament hi està en correlació sintàctica.

Cal ja, solament, per acabar aquesta notícia sobre el bon treball del professor Sánchez Salor, remarcar l'interès gairebé pedagògic que té en fer més entenedors alguns conceptes de la gramàtica tradicional molt ben revisats per l'estructural.

Joan Gómez i Pallarès

D.A. RUSSELL,
Greek Declamation

Cambridge University Press,
Cambridge 1983, 141 pp.

La declamación romana es bien conocida en sus distintos aspectos gracias a estudios ya clásicos, como los de Bornecque o Bonner, o recientes, como los de Sussman, o Fairweather. Que esa importante parcela de la retórica debía tener también su contrapartida griega era cosa sabida, pero hay que reconocer que los estudios generales sobre esa materia han sido escasos. Por tanto, en este caso no es un tópico sino una realidad afirmar que existía en este campo una laguna, que trata de cubrir muy dignamente el libro de Russell, autor bien conocido por sus estudios sobre crítica literaria y retórica griegas.

La obra tiene sus orígenes en unas lecciones impartidas en Cambridge, como indica su autor en el prefacio, y consta de seis capítulos, una bibliografía y unos índices.

El primer capítulo está dedicado a los testimonios, definiciones y orígenes. Señala primero los textos que demuestran que la declamación está bien testimoniada en época helenística, tanto papiros del siglo III a. C., como textos de Polibio y Demetrio, y luego los de rétores de la época imperial (Lesbonacte, Polemón, Adriano de Tiro, Luciano, Aristides, Libanio, Himerio, Eunapio y Coricio de Gaza), así como los tratados o tratadistas que los estudiaron (Hermágoras, *ad Herennium*, de *inventione*, Hermógenes, Siriano, Sópatro, Apsines y Ps. Dionisio)

Define a continuación la *melétē*, término griego que equivale semánticamente al de *declamatio* latino, diferenciándolo de otros tipos de discurso o de ejercicio retóricos con los que presenta puntos comunes, como es el caso de la etopeya. El autor insiste en que es ejercicio práctico a la vez que literatura imaginativa, pero resulta evidente, por la lectura del libro, que es este segundo aspecto el que más se desarrolla a lo largo de su historia, y el que triunfa sobre el primero.

Al referirse a sus orígenes evita simplificaciones y plantea la disyuntiva de si nació en la Jonia del siglo V o en la Atenas del siglo IV, y se inclina por ésta última, aduciendo textos de Quintiliano y Filóstrato; es entonces cuando se introducen en la enseñanza de la retórica una serie de temas fijos, como son el tiranicidio, el adulterio o las recompensas al valor.

El segundo capítulo, titulado

«Sofistópolis o el mundo de Aristeo», describe las características legales y políticas de esa ciudad ficticia que constituyen las declamaciones, sus anacronismos, la importancia que en ella tienen la guerra y el vencedor en ella, el «aristeus», así como sus conflictos internos, sociales y familiares, partiendo de las declamaciones. Se explica, así, la recurrencia de sus temas y personajes, que tienen una base teórica y filosófica, y por eso no se sitúan en un tiempo concreto. Russell subraya acertadamente que la importancia de la tradición literaria es mayor que la de la realidad histórica.

El capítulo tercero lo dedica a exponer el contenido de los manuales de retórica relativos a la declamación. Estos suelen centrarse en la teoría de la *stásis* (lat. *status*), que podríamos traducir por «debate», y que fue fijada principalmente por Hermágoras, pero que se remonta a una época anterior. Extrae la información sobre todo de Hermógenes y Sópatro, e indica que el principal objeto de preocupación de los rétores era el número de las *stáseis* y su disposición, materias éstas que variaban según las escuelas. Sigue una buena exposición de sus principales tipos y divisiones de éstos, y finaliza con algunas observaciones sobre el estilo de los manuales.

En el capítulo siguiente aborda la práctica social de los «ejecutores» o «actores» de la declamación, sus ocasiones y lugares, incluyendo ejemplos concretos de sus actuaciones, que podían ser improvi-

sadas o no, y de las que corrían distintas versiones. Subraya también la importancia que tenían la etopeya y las técnicas dramáticas en las representaciones de esos virtuosos de la palabra. Su principal fuente de datos son ahora las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato.

El capítulo quinto se centra en el estudio del *éthos* o «carácter», que si ya era un elemento esencial para la oratoria ática, adquiere ahora nuevas características que convierten la declamación en una caricatura de aquélla, al preocuparse más de divertir que de educar. Esto es así por el papel preponderante que adquiere la narración de los hechos o *katástasis*, fuertemente imaginativa, como se observa en la declamación núm. 27 de Libanio elegida como ejemplo, y en las otras dos que Russell analiza detenidamente, las núms. 26 y 32. En ese capítulo se detecta una errata de imprenta en la penúltima línea de la p. 87.

El capítulo sexto se ocupa de las relaciones entre declamación e historia, tema obligado en cualquier estudio de conjunto y tratado en obras anteriores. Es un hecho conocido que el contexto histórico de la declamación suele ser el pasado: Russell calcula unos trescientos cincuenta temas de historia griega, ciento veinticinco de los cuales pertenecen al período de Demóstenes y noventa al de la guerra del Peloponeso; son éstas las épocas históricas preferidas. El autor cree que la época helenística se eliminaría por afán de clasicismo, lo cual es cierto, pero también hay

que tener en cuenta que en esa época están ya fijados los temas de declamación, que son ya tradicionales, es decir, miran al pasado. Russell nota correctamente que los discursos de Tucídides ofrecieron un modelo, pero que los intereses son distintos. Trata a continuación la cuestión de la fidelidad histórica de los rétores, que variaría según autores, siendo Arístides uno de los más preocupados por ella. Su observación de que aquélla es mayor a comienzos del Imperio es matizable, pues el texto de Hermógenes que cita en el que se condenan los anacronismos es contradicho por otros del mismo rétor que Russell aduce más adelante. Igualmente se puede interpretar como un rasgo declamatorio el hecho de que Arístides no cite los nombres de los hablantes en el debate citado en la p. 115: es un modo de hacerlo más general (cf. p. 120-122); y si falta el argumento principal, tal vez no sea porque era muy conocido, como supone Russell, sino porque la fidelidad histórica no era lo que más le interesaba a Arístides. La misma explicación podría darse al ejemplo aducido en la p. 127 acerca de Sópatro y su uso de las fuentes. Habría que ver si se puede detectar algún cambio en las preferencias temáticas de los rétores, del mismo modo que se observa en su tratamiento (cf. p. 122).

Siguen la bibliografía general, bastante completa (aunque podría añadirse la obra de W. HOPRICHTER, *Studien zur Entwicklungsgeschichte der Deklamation*, Diss.

Breslau 1935), y los índices, de nombres propios, de los principales motivos y pasajes y de términos técnicos con el significado usado por Russell, lo que proporciona un breve pero útil léxico retórico.

En suma, es éste un libro sutil, de lectura amena y muy bien documentado, tanto en bibliografía moderna como en las fuentes antiguas, cuyas abundantes citas directas y análisis constituyen uno de sus rasgos característicos. Esperamos que esta obra estimule la aparición de nuevos estudios sobre la retórica imperial, que tan esencial es para un conocimiento profundo de la literatura de esa época.

C. Ruiz Montero

V. BUBENIK,
*The Phonological
Interpretation of Ancient
Greek: A Pandialectal
Analysis*

University of Toronto
Press 1983. 241 pp.

El presente libro es, que nosotros sepamos, el primer tratado de fonología del griego antiguo que, desde un análisis generativista de los fenómenos de vocalismo y consonantismo, pretende abarcar los rasgos más importantes de los diferentes dialectos griegos para explicarlos según esa metodología. Hasta ahora ese tipo de estudios

era parcial y limitado al análisis de unos rasgos determinados, pero sin la pretensión de sobrepasar ciertos límites. Ahora nos encontramos ya con una obra que aspira a reunir todos esos logros e intentos parciales en una monografía estructurada que tiende a manual.

Está dividida en cinco capítulos: introducción, vocalismo, consonantismo, el sistema acentual griego, y un quinto dedicado a revisar algunos casos concretos de interrelación entre el cambio fonético y la analogía.

La intención del autor es la de trazar un cuadro sistematizado de los procesos que dan como resultado la aparición de los diferentes grupos dialectales del griego antiguo. Para ello, tras la exposición de la metodología a seguir, aborda en la introducción el problema de la clasificación de los dialectos griegos, cuestión a la que dedica pocas páginas, para acabar con una breve referencia al proceso de su desaparición. En el apartado dedicado propiamente a la clasificación de los dialectos griegos expone una selección de los rasgos convencionales utilizados para definir los diferentes grupos dialectales, sin el planteamiento de ningún tipo de problemática que esos mismos datos sugieren, para acabar con un esquema en el que intenta conjugar el criterio geográfico con el genético y que, con alguna variante, se ajusta bastante al propuesto por Chadwick en 1963 (*C.A.H.*, vol. II, cap. XXXIX).

El capítulo segundo comienza con la exposición del cuadro de